

“Déborah, ¡entona un cantar!”

Aprender

Hola amigos: ¡Todos a la escuela! Hay en marcha un nuevo pacto de Educación que se propone que, los que tengan que estudiar, estudien. Se potenciará el deseo de aprender, ausente largo tiempo de las aulas.

Con dificultades económicas y cinco hijos destinados a la universidad, mis padres pagaban en Madrid mi Colegio Mayor. Cada año, junto a los exámenes, llegaba “la carta de papá”: “Primum vivere, deinde, filosofare”. Y, siempre, la advertencia: Recuerda que estudias para **aprender**, no para **aprobar**. Lo lógico hubiera sido: ¡aprueba y ven a ayudarnos! Dios mío, pensaba yo: qué gran cosa debe ser **aprender**.

Y, ahora, después de olvidar tantos años de estudio, sigo aprendiendo ¿no es una maravilla? Así, me encuentro un día con la libertad. ¡Con la vida ancha!

Y, si somos jóvenes de espíritu, seguiremos aprendiendo, sin morir. Mal síntoma saberlo todo como viejas cacatúas.

Por eso el aprender no tiene edad. Llegan las noticias. Una madrileña, Trinidad Martín, aprende a leer a los 95 años. Quería saborear a solas las cartas que su hijo le escribía desde Australia. Y, para colmo, casi a los cien años un administrativo, Felipe Castro, se doctora en Física.

¡**Y** también en casa! Mi sobrina Pilar, número uno en Farmacia hospitalaria, FIR, hace ahora en la Uned, filosofía pura. ¡Y con clase particular de latín por las tardes!

Es sorprendente las posibilidades que guardamos dentro de nosotros. Claro que todo esto requiere “esfuerzo”, palabra que arrojamos hace tiempo al trastero. Y así van las aulas. Suspensos a manta, violencia, profesores haciendo cola en los psiquiátricos y chavales reclusos en Centros de acogida. Todo por saltarse lo que Trinidad aprendió a los 95 años: que la **b** con la **a**, es **ba**.

¡Ojo! También, en el hondo vivir de cada día, hemos rechazado la palabra “esfuerzo”. ¡Ay del que la pronuncie! Se le asimila al “perfeccionismo”, a la lucha “a base de codos”, al “repelente niño Vicente”. Vaya por Dios. Nadie habla del “esfuerzo” para no ser gruñones, envidiosos, agresivos, egoístas, tacaños, insoportables... ¡Con lo bien que viviríamos, si nos hablaran de ese esfuerzo!

Aquí los geniales son los escultores: lo suyo es quitar lo que sobra. Ve Miguel Ángel un bloque de mármol y sabe que de allí saldrá un ángel maravilloso. Coge el cincel y se pone a quitar mármol. Aparece el ángel.

Un buen día, vimos en TV un escultor portugués. Mucha fama y muchos años. Increíble verlo lanzarse al mármol como un chaval. De repente, un primer plano, con pocos dientes y sonriendo de oreja a oreja. “Yo, como Miguel Ángel, quiero obras que cuesten sudor”. ¡SUDOR! ¿Habíamos oído bien?

Por lo visto hay esfuerzos que hacen disfrutar. Es lo que Dios debe sentir, cuando trata de sacar de nosotros personas “como Dios manda”.

Suele ser gente encantadora.

Déborah

